

# 8 FORMAS APOCOPADAS Y ACRONIMIA

Los límites entre derivación y composición parecen ser bastante porosos ya en la prefijación estándar, y lo son aún más en las formas prefijales grecolatinas, pero en ninguno de los grupos de morfemas antepuestos surgen tantas preguntas y dudas como en el análisis de los elementos prefijales creados por apócope, constituyentes cuya forma no difiere, a primera vista, de la que tienen los demás prefijoides. Como apunta Bajo Pérez (1997),

las fronteras entre derivación y composición se desdibujan todavía más en el caso de algunos “prefijos” de nueva acuñación (*foto-, eco-, euro-, tele-, narco-...*) que muchas veces no aportan el significado léxico esperable según su correspondiente étimo en griego o en latín, sino un nuevo significado extraído de palabras independientes que han surgido, por acortamiento, de cultismos, cientifismos o tecnicismos.  
(Bajo Pérez 1997: 16)

En esta cita, la palabra *prefijos* aparece entrecomillada, lo que es una clara señal de la reticencia de la autora a conceder a los elementos en cuestión el estatuto de prefijos estándar. Sin embargo, también otros lingüistas recurren a términos y caracterizaciones que diferencian el grupo de las formas apocopadas de los prefijos genuinos. Así, Pérez González (1985: 309) denomina el elemento *auto-* creado por acortamiento de *automóvil* una especie de *pseudoprefijo*; Guerrero Ramos (1995: 35) describe las formas prefijales apocopadas como “auténticos morfemas lexicales resultado de una remotivación producida en la lengua en época muy reciente”; para M. Seco (1980: 197) se trata de raíces prefijas, algunas de ellas idénticas a otras tradicionales; y Lang (1992: 259) caracteriza dichos morfemas como formas abre-

viadas utilizadas en palabras creadas por combinación (*blending*), donde “adquieren una función cada vez más próxima a la de los prefijos”. También Henríquez Salido y Paula Pombar (1998: 137) advierten de la tendencia de algunos elementos apocopados (sobre todo de *auto-*) a convertirse en prefijos debido a su enorme productividad neológica en combinación con una base autóctona (p. ej. en *autolavado*, *autopista*, *autovía*). Varela (2005: 98), en cambio, analiza tales formas como palabras acortadas que entran en composición.

En fin, son dos las posturas básicas ante el estatuto de los morfemas prefijales surgidos por acortamiento:

- 1) su inclusión en el mismo grupo que los prefijoides (Seco 1980; Lang 1992; Miranda 1994; Henríquez Salido y Paula Pombar 1998; Pensado 1999; Montero Curiel 1999; Cabré Castellví 2006);
- 2) su análisis como palabras abreviadas en composición (Felfú 2003; Varela 2005).

Esta disparidad de opiniones se debe a la aplicación de diferentes criterios en la delimitación general entre prefijación y composición (problema que exponemos pormenorizadamente en el capítulo 6), aunque también viene dada, en parte, por la manera de analizar el elemento apocopado en sí. Los autores que sitúan los acortamientos iniciales en la prefijación o pseudoprefijación centran primeramente su atención en el funcionamiento actual de dichas formas, en su productividad neológica y su capacidad para crear series de palabras donde siempre aparecen como primer elemento, lo cual las asimila a los prefijos y prefijoides. Los defensores de la segunda propuesta parten, a su vez, del origen léxico del elemento abreviado, e independientemente de algunas similitudes evidentes con la prefijación insisten en su carácter compositivo.

Como ya hemos mencionado, las formas prefijales surgidas por abreviación se crean sin excepción mediante el proceso de apócope, esto es, se mantiene solo la primera parte cuya forma es idéntica o similar a la de las raíces prefijas grecolatinas (se trata, en su mayoría, de morfemas bislabos átonos terminados en *-o* o *-i*). Esta semejanza o identidad formal no es pura coincidencia, ya que algunos de los constituyentes que nos ocupan surgieron mediante el acortamiento de palabras cuyo primer formante era precisamente un morfema prefijal grecolatino (*tele-visión*, *foto-grafía*, *auto-móvil*)<sup>30</sup>. Por apócope se obtiene otra vez el elemento culto (que en algunos casos sigue utilizándose como palabra autónoma: *la tele*, *la foto*, *la radio*), pero con un significado nuevo, el del lexema no abreviado. Estas formas lexicalizadas entran en la creación de palabras como elementos antepuestos y muestran una productividad enorme que supera con creces la capacidad neológica de la raíz culta originaria (precisamente eso sucedió con *tele-*, *foto-*, *radio-*, *eco-*, *narco-*, *petro-*,

30 Esta coincidencia no se da en todas las formas prefijales apocopadas: *euro-*, *publi-*, *credi-* no tienen origen culto y fueron creadas a imitación de los elementos grecolatinos.

etc.). El diferente funcionamiento de estos “falsos prefijoides” se manifiesta por su frecuente combinación con bases autóctonas (los prefijoides y sufijoides se combinan preferentemente entre sí) y su mayor rendimiento en el lenguaje común, en tanto que el uso de los elementos prefijales grecolatinos de que proceden las formas apocopadas pertenece sobre todo a la neología científico-técnica.

La mencionada identidad formal de algunos prefijoides y acortamientos suscita varias preguntas, entre ellas la siguiente: ¿Contienen de verdad las voces *autopista* y *autoexamen*, *telegrama* y *telediario* el mismo morfema *auto-* o *tele-*, respectivamente? Según la opinión prevaleciente (Rainer 1993b; Guerrero Ramos 1995; Varela y Martín García 1999; García Palacios 2001; Felú 2003)<sup>31</sup>, que compartimos también nosotros, estamos ante elementos homónimos que deberían recibir el tratamiento lexicográfico correspondiente. Entonces, sería erróneo afirmar que el elemento prefijal *auto-* tiene dos sentidos: “a sí mismo” y “automovilístico”, ya que la ausencia de cualquier conexión entre ambos significados no permite interpretar este caso como polisemia. Paradójicamente, justamente eso hicieron Iordan y Manoliu (1972: 46-47) al mencionar la supuesta polisemia en los morfemas *auto-* y *foto-* como rasgo diferenciador entre los prefijos y los prefijoides. El otro extremo supone la propuesta de Felú (2003) de distinguir un tema y un prefijo derivativo *auto-* según se combinen con un sufijo/tema grecolatino (*autismo*, *autofagia*) o con una base autónoma (*autodefensa*, *autoescéptico*); ambos con el significado “a sí mismo” y, pese a ello, elementos homónimos.

Por supuesto, el constituyente *auto-* no es el único que presenta dificultades a la hora de determinar el número de sus homógrafos. A la forma ligada *tele-* le corresponden dos morfemas diferentes: *tele*<sub>-1</sub> “a distancia” y *tele*<sub>-2</sub> “relativo a la televisión”; sin embargo, se podría añadir al menos un homónimo más. Alvar Ezquerro (1995: 58-59) aísla en las palabras *teleprocesar*, *teleinformática* y *telefotografía* el significado “a través de los medios de comunicación”, pero a nuestro parecer, este valor es más bien un matiz significativo del sentido básico de *tele*<sub>-1</sub> “a distancia”, porque el constituyente inicial que aparece en dichas formaciones no procede de ninguna palabra abreviada; por ende, no es un morfema independiente, a diferencia de *tele*<sub>-2</sub> “relativo a la televisión”. Más atención merecen, en cambio, las voces en las que *tele-* posee el significado “que lleva lejos”: *telecabina*, *telesquí*, *telesilla*. En estos casos, el elemento prefijal parece ser resultado de la apócope de la palabra *teleférico* y, siendo así, podría postularse su existencia independiente como *tele*<sub>-3</sub>, con el mismo estatuto que tienen *tele*<sub>-1</sub> y *tele*<sub>-2</sub>. El único problema supone su escasa productividad neológica.

Además de los homógrafos de las formas prefijales grecolatinas, remotivados por la apócope de la base y la lexicalización de la raíz culta, pertenecen al grupo que nos interesa en este capítulo algunos morfemas que imitan la forma típica de los temas grecolatinos (tienen estructura bisílaba y la vocal final *-o/-i*), pero cuyo origen es

31 Solo Lang (1992) indica en los formantes *auto-*, *tele-* y *radio-* que se trata de morfemas polisémicos.

distinto. Nos referimos a elementos como *credi-* (*crédi-to*), *publi-* (*publi-cidad*), *euro-* (de *Europa* o *europeo*), *expo-* (*expo-sición*), *info-* (*info-rmática*), etc. Según explica García Palacios (2001), en el caso de *euro-* no se trata de un truncamiento estándar en el que se omite un sufijo o una base, es decir, un elemento reconocible, ya que “difícilmente podemos suponer que los hablantes interpreten como un afijo flexivo o derivativo, en definitiva, como ese «segmento reconocible», a la parte que cae, sea *-pa*, *-peo* o *-pea*, por lo cual tendremos que buscar otra explicación” (García Palacios 2001: 44). Esta consiste, de acuerdo al mismo autor, en un simple acortamiento o la existencia de un alomorfo especializado para funcionar como primer constituyente en formaciones léxicas nuevas “a la manera culta”. Al examinar otros formantes de este grupo (p. ej. *publi-*, *info-*), se ve que su creación obedece a criterios meramente fonotácticos y no respeta la segmentación morfológica de la palabra abreviada<sup>32</sup>, de modo que la expresión utilizada por M. Seco (1980: 194) para describir este proceso, “un corte arbitrario”, es muy apropiada. Así pues, al lado de acortamientos morfológicos que respetan la integridad del morfema conservado (es decir, un elemento prefijal culto, como *tele-*, *auto-*, *foto-*) existen también acortamientos meramente fónicos (*publi-*, *euro-*) que no coinciden con los límites morfológicos (Varela 2005: 90).

Al comienzo de este capítulo hemos advertido sobre la divergencia de posturas acerca del estatuto de los “pseudoprefijoides” surgidos por apócope. Otra cuestión clasificatoria concierne a las formaciones que contienen un segmento acortado. Algunos estudiosos analizan tales términos como acrónimos (p. ej. Casado Velarde 1999), otros ven en ellos palabras compuestas (Varela 2005), y hay todavía otro grupo de lingüistas que los clasifican como combinaciones (*blending*) o voces formadas con un prefijoide (Pérez González 1985; Lang 1992; Miranda 1994; Cabré-Castellví 2006). Esta diversidad de opiniones radica en las distintas concepciones de acronimia, como quedará patente en la siguiente comparación del tratamiento que se da a los elementos prefijales por apócope en Miranda (1994), Casado Velarde (1999) y Varela (2005).

Miranda (1994: 162), quien comparte –como en muchos otros casos– la postura (y los ejemplos) de Lang, trata los elementos apocopados que se anteponen a una base léxica en el capítulo *Combinación* y sugiere su posible interpretación como prefijoides. En el apartado dedicado a la acronimia, esta se define como “unión de los extremos opuestos de dos palabras: el principio de la primera y el final de la segunda, o el final de la primera y el comienzo de la última” (Miranda 1994: 166). El requisito de que ambas partes de la formación sean palabras abreviadas invalida como acrónimos casi la totalidad de las creaciones que nos interesan, ya que en la mayoría de ellas solo el primer constituyente tiene forma acortada (*credivuelo*, *eurodiputado*, *telediario*, etc.). Por otra parte, justamente el ejemplo emblemático de acronimia que ofrece Miranda (*autobús*) se analiza en Varela (2005) como una palabra compuesta, diferente de acrónimo:

32 Véase Pensado (1999: 4458-4459).

debemos distinguir los acrónimos genuinos de un compuesto como *autobús*, formado con la palabra *auto* (acortamiento por apócope de *auto*[*móvil*]) y la palabra *bus* (acortamiento por aféresis de la forma latina [*ómni*]*bus*).

(Varela 2005: 96)

Casado Velarde (1999: 5085) define el acrónimo como una formación creada a partir de dos o tres unidades léxicas de las cuales por lo menos una está abreviada. Los elementos *auto-*, *tele-*, *foto-*, *eco-*, *euro-*, *narco-* y otros acortamientos que ocupan la posición inicial de la palabra se caracterizan en el apartado titulado *Seríes acronímicas* como “formas lingüísticas que funcionan como temas de compuestos cultos” (Casado Velarde 1999: 5089), pero a pesar de esta particularidad, dicho lingüista considera las palabras creadas con ellas como formaciones acronímicas.

Varela, en cambio, hablaba ya en 1993 de la necesidad de “estudiar de manera más pormenorizada la barrera entre formas compuestas propias y aquellas dotadas de un primer elemento acortado o un alomorfo de tipo culto –de posible identificación con un prefijo–” (1993: 15), y cumplió esta tarea en su *Morfología léxica* (2005), donde delimitó el concepto de acronimia de este modo: “los acortamientos de los acrónimos [...] no son partes de palabras que se usen de forma productiva para componer otras palabras complejas de manera productiva” (Varela 2005: 97). En su concepción, los morfemas prefijales acortados no hacen surgir acrónimos por el simple hecho de tratarse de elementos apocopados. Algunos de ellos pueden utilizarse como palabras independientes (*auto*, *foto*, *tele*) y todos entran en la formación léxica como elementos trabados de considerable productividad neológica, lo cual los invalida como formantes de acrónimos. Si el elemento *tele-* aparece como parte del acrónimo *teleñecos*, es solo gracias al acortamiento del segundo elemento creado por la reducción arbitraria de la palabra *muñecos*. Para ver la diferencia entre el concepto de acrónimo según Varela y Casado Velarde, pongamos por caso la voz *eurocracia*. Casado Velarde (1999: 5085) la analiza como acrónimo integrado por *européa* + *burocracia*. Varela (2005) rechaza contundentemente tal interpretación y presenta una explicación alternativa:

Esta formación se vale también de constituyentes léxicos bien conocidos de la lengua y deberá analizarse como un compuesto de *euro-* (creado por acortamiento de *européa*), formante que aparece en otras muchas palabras de la lengua (*eurodiputado*, *eurocomunismo*, *euroconector*...), y del tema clásico *-cracia* (“poder”) que tenemos en *burocracia*, *democracia* o *acracia*.

(Varela 2005: 97)

Para resumirlo, en la bibliografía analizada encontramos tres concepciones diferentes de la acronimia:

- 1) La más amplia (Casado Velarde) solo exige que uno de los constituyentes tenga forma abreviada.
- 2) Una definición más estricta (Miranda) pone como condición la apócope o aféresis de ambos componentes combinados.
- 3) Y finalmente, el concepto más estrecho de la acronimia (Varela) establece que por lo menos uno de los componentes del acrónimo debe estar abreviado de una manera arbitraria y no tener carácter sistémico, esto es, no poder formar series léxicas.

Según las primeras dos definiciones, la presencia de un elemento prefijal apocado puede ser condición suficiente o necesaria para el carácter acronímico del educto; en la concepción de Varela, por su parte, dicho carácter depende prácticamente de las propiedades del componente final (como en *teleñeco*, por ejemplo).

A nuestro juicio, hay que rechazar como acrónimos aquellas palabras en las que el único elemento acortado ocupa la posición inicial y cuyo comportamiento se asemeja al de los prefijos o prefijoides. Por lo tanto, consideramos aceptable la segunda concepción mencionada que estipula el acortamiento de todos los constituyentes y que permite interpretar como acrónimo también el ejemplo contrastado *autobús*, analizado por Varela como una palabra compuesta.

En conclusión, en este capítulo se ha prestado atención a constituyentes prefijales surgidos por apócope cuyo funcionamiento (y forma, en algunos casos) es muy similar al comportamiento de las raíces prefijas grecolatinas. Se trata de morfemas con significado pleno, generalmente bisílabos, capaces de formar series y que aparecen en la palabra como elemento inicial, imitando así el modelo culto, o sea, manteniendo el orden típico de los formantes grecolatinos <determinante + determinado>. La razón que nos llevó a incluir estas precisiones fue el hecho de que para muchos lingüistas, el acortamiento y la acronimia están entre los llamados procedimientos misceláneos, fuera del ámbito de la morfología léxica (basta con recordar la clasificación de los mecanismos de creación léxica en Miranda 1994), lo que especialmente en el caso de constituyentes como *auto-*, *tele-* o *foto-* rozaría el absurdo. Nuestra postura es que dichos formantes deberían ser tratados en el mismo lugar que las formas prefijales cultas, con todos los problemas y dudas que comporta su estatus gramatical.